

El camino hacia el hombre desde el dolor y la muerte

Nada puede el poeta, ningún mal puede evitar; se le escucha únicamente cuando magnifica el mundo, pero no cuando lo representa tal como es. ¡Sólo la mentira es gloria, mas no el conocimiento!

(Hermann Broch, *La muerte de Virgilio*)

¿Hasta qué punto es cierta la desesperanzada afirmación que Hermann Broch pone en labios de su Virgilio? Pregunta con la que inicio mi reflexión sobre algunos aspectos de la obra de César Vallejo porque, a mi modo de ver, atañe tan fundamentalmente al quehacer del poeta que la respuesta a la misma es inexcusable si se pretende superar el nivel de la mera descripción o de la exaltación irrazonada. Pregunta que merece ser trasladada a la poesía de Vallejo porque, además, parece haber sido formulada desde su propia perspectiva; porque, dicho de otro modo, late en el corazón del pensar y el poetizar del escritor. Sería posible responder prontamente a la cuestión aduciendo dos argumentos: el primero, que Broch, Vallejo y *tutti quanti* han, empero, escrito; el segundo, que la propia existencia de este volumen dedicado al escritor peruano viene a demostrar la validez, la presencia, tal vez incluso la eficacia de su quehacer poético, de su pelea, a veces desgarradora, con las palabras, con las imágenes, en busca del sentimiento y del sentido. Tales respuestas no pueden, sin embargo, dejar satisfecho a un lector exigente: que alguien poetice puede explicarse por su incapacidad para dejar de hacerlo, caiga o no en el vacío su mensaje; el volumen en cuestión puede, por otra parte, ser uno más de esos pequeños artefactos suntuarios que nuestra cultura se da a sí misma; un producto de una élite para esa misma élite, garantía de su distanciamiento de preocupaciones más pedestres, así como de la enorme capacidad de maniobra de un sistema que consigue asumirlo todo, lo productivo y lo improductivo, lo que, incluso, cuestiona su dignidad, su derecho a ser como es, de modo que todo puede, al fin, ser asimilado por este vasto y resistente aparato digestivo y convertido, así, en nueva patente de legitimidad. Si una cultura es capaz de rendir homenaje a sus críticos y, al mismo tiempo, permanecer incólume, o mejor, salir fortalecida, de manera que cualquier cambio en la consideración de sus valores parezca impensable, la queja del Virgilio agonizante estará justificada. Pero, por otra parte, mientras haya lectores capaces de estremecerse ante el mensaje del poeta, habrá lugar para la esperanza.

La pretensión de estas páginas no es otra que la de destacar algunas de las más subversivas propuestas de César Vallejo. Lo son, a mi modo de ver, porque se plantean en un terreno donde la discusión parece impensable, sobre todo cuando quien la plantea es un profano: me refiero al terreno de la ciencia y, en particular, al de la medicina. Que el poeta César Vallejo invente palabras inauditas está muy bien, y tal vez incluso es su obligación. Pero que utilice el lenguaje médico, que se pronuncie sobre lo que

es sano y lo que es morboso, sólo resulta admisible desde el punto de vista de lo metafórico. Aunque también desde esta perspectiva el recurso al cuerpo y a sus misteriosas leyes resulta provocativo, pues el lector experimenta, cuando se le habla de todo esto, una sensación de inmediatez y de radicalidad que otros recursos expresivos no consiguen suscitar tan fácilmente. Por debajo de todo cuanto creemos y queremos ser está el animal que somos, y éste posee un oído extremadamente fino para captar cuanto atañe a su realidad más arcaica. Por eso es hoy tan común que la crítica a lo que en nosotros es símbolo se ejerza sobre todo a través de lo más material, y que resulte tan tentador acudir al cuerpo y sus enfermedades cuando debe resolverse un problema de cultura y de valores. Como otros artistas, César Vallejo utilizó ocasionalmente este lenguaje, y lo que este breve trabajo pretende no es sino proponer una lectura del mismo que complemente las que, desde su propia metodología, realicen los críticos literarios de la obra del poeta peruano. Comenzaremos preguntándonos por la distinción, fundamental, entre lo que es sano y morboso.

Lo normal y lo patológico

El poema al que, en primer lugar, dedicaré mi reflexión lleva por título «Existe un mutilado...» y está incluido en los *Poemas en prosa*.¹ El tema de la mutilación debía, naturalmente, atraer el interés de quien se dedica a extraer de las fuentes literarias conocimientos que puedan llegar a ser útiles en un empeño, tan ubicuo como vaporoso en ocasiones, como es el de la humanización de la asistencia al hombre enfermo. Y este interés no ha hecho sino verse acrecentado a cada relectura del poema. Decía antes que su propuesta es subversiva en grado sumo; lo es, porque se rebela contra valores y creencias generalmente incontestados. Que Vallejo, en su momento, tomase partido por los proletarios es algo lleno de mérito, pero no me parece tan radical como su voluntad de reivindicar la mutilación de la que en seguida hablaré. Más aún: pienso que la toma de posición política de Vallejo se comprende mejor, gana plenitud y profundidad desde una sensibilidad tan inhabitual ante ciertos valores humanos, caídos en el descrédito, como los que se ensalzan en el poema.

Pero vayamos al centro de la cuestión: el poeta Vallejo elige como recurso metafórico de su discurso la imagen de la mutilación, de la privación de una parte del cuerpo, de la pérdida de la integridad; metáfora médica que se corresponde con el concepto de minusvalía, de deficiencia, con un estado de menesterosidad, de anomalía, de enfermedad en sentido amplio. Frente al canon de normalidad, el mutilado cae, de lleno, en el campo de la patología. Nos hallamos, pues, ante un enfermo, un anormal, un minusválido, un ser deficitario; pero, lo repito, todo esto sólo es cierto desde la referencia que constituye la norma; y, a la inversa: según la tesis de G. Canguilhem,² la idea de «normal» se formaliza por oposición a lo que se señala como patológico. De modo que cada vez que reflexionamos sobre lo que queda definido como «normal» o como

¹ Cito por la edición a cargo de E. Ballón, César Vallejo. Obra poética completa. Venezuela, Ayacucho, 1985, p. 119.

² G. Canguilhem, Lo normal y lo patológico. Traducción española, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 1971.

«patológico» lo hacemos también sobre los fundamentos, más o menos conscientemente formulados, de nuestra cosmovisión. Vamos, pues, a ver en qué consiste la mutilación de este «conocido» de César Vallejo.

Existe un mutilado, no de un combate sino de un abrazo, no de la guerra sino de la paz. Perdió el rostro en el amor y no en el odio. Lo perdió en el curso normal de la vida y no en un accidente. Lo perdió en el orden de la naturaleza y no en el desorden de los hombres.

Se trata, pues, de un hombre que ha perdido el rostro. Mutilación simbólica, sin duda, aun cuando algunos la hayan padecido realmente:

El coronel Picot, Presidente de «Les Gueules Cassées», lleva la boca comida por la pólvora de 1914. Este mutilado que conozco, lleva el rostro comido por el aire inmortal e inmemorial.

No es, ya lo ha advertido antes, «el desorden de los hombres», sino «el orden de la naturaleza» el responsable de la pérdida del rostro; y yo me atrevo a ver en ese desorden de procedencia humana no sólo su máxima y más bárbara expresión, la guerra, sino también esa otra, más sutil, que consiste en la suplantación del orden natural: perder el rostro por amor es llevarlo «comido por el aire inmortal e inmemorial», por algo que es muy viejo e imperecedero, que no depende de modas o de convenciones. El mutilado ha perdido el rostro en el amor. Bien; pero, ¿qué significa perder el rostro? Preguntamos a la que no podremos responder si antes no lo hacemos a esta otra: en ese dominio de lo simbólico en el que, sin duda, nos encontramos, ¿qué representa el rostro? Es fácil responder. El rostro caracteriza al individuo; es —se ha afirmado— el espejo del alma. Lo que un ser humano tiene de personal halla su más inmediata expresión en el rostro, de modo que ante un busto de Beethoven nos encontramos, en cierto modo, en presencia del músico, mientras que ante un maniquí sólo podemos sentirnos en la vecindad de un artefacto. Pero he aquí que Vallejo pone ante nuestros ojos una figura turbadora:

Rostro muerto sobre el tronco vivo. Rostro yerto y pegado con clavos a la cabeza viva. Este rostro resulta ser el dorso del cráneo, el cráneo del cráneo.

Nos hallamos —así lo afirma el poeta— en presencia de un hombre; pero de un hombre que ha perdido sus atributos más personales, en aras del amor, de un orden más antiguo que los órdenes de los hombres. En todo caso, el artista sabe captar su esencia humana, que irrumpe en el exterior a través de ventanas insólitas:

Como el rostro está yerto y difunto, toda la vida psíquica, toda la expresión animal de este hombre, se refugia, para traducirse al exterior, en el peludo cráneo, en el tórax y en las extremidades. Los impulsos de su ser profundo, al salir, retroceden del rostro y la respiración, el olfato, la vista, el oído, la palabra, el resplandor humano de su ser, funcionan y se expresan por el pecho, por los hombros, por el cabello, por las costillas, por los brazos y las piernas y los pies.

Trátase de un hombre que ha decidido, al parecer, no salvar su yo, o la imagen de su yo, en la entrega amorosa al otro. Por otra parte, Vallejo parece afirmar que amor es sólo esto; que sólo cuando la entrega alcanza este nivel cabe hablar del cumplimiento de esa ley eterna. Pero quien de este modo obra es visto como un mutilado. En efecto: nuestra cultura tiene en máxima estima la individualidad, de modo que su pérdida debe constituir, a todas luces, amputación insoportable. A los ojos de los normales,